

“Chipaba Cielon masusa; umhica umchienuza mue umquicaz chie chi muishuca muhue choe agucca ciclon ancuissea nue siscuican necniza.

“Suespuinuca chihumba chihucunu chie chighuin achubia aguezac chibgasqua nuc mue umbhium chichubia aquezae mahaia. Pecado ca chibenan cui hichaca. Chie u umtazinga guahaicaz chichas asunsacue chie choe macuisa. Amen.”

Los nombres de algunos pueblos indígenas del territorio de Cundinamarca se han conservado; sus significados son los siguientes:

- Bogotá** (Baca-tá), Extremidad del campo.
 - Chocontá** (Chocon-tá), Sementera de páramo.
 - Gusca** (Guas-shuca), Falda de cordillera.
 - Guatavita** (Iden), Remate de sierra.
 - Gachancipá** (Gachan-Zipá), Gozo del Zipa.
 - Nemocón** (Nemo-con), Lamento del león.
 - Simijaca** (Simte-jaca), Pluma de lechuza.
 - Sogamoso** (Suha-muxi), Desaparecido.
 - Susa** (Suh-sha), Paja blanca.
 - Suesca** (Sue-suca), Cola de guacamaya.
 - Tocancipá** (Tocan-Zipa), Llanto del Zipa.
 - Ubaté** (Eba-té), Sangre derramada.
 - Ubaque** (Eba-que), Sangre de madero.
 - Zipacón** (Zipa-con), Lamento del Zipa.
- Hay otros varios para formar una larga lista.

ARTICULO VII

Usted, mi señora, estuvo en la Catedral el 19 de noviembre último, y desea saber qué significa la ceremonia que en ese día se hace todos los años, de llevar en procesión alrededor de la iglesia una cabeza de plata, del tamaño natural, la

cual, después de la misa, se daba a besar, en otro tiempo, a los canónigos, capellanes y acólitos, y en seguida al pueblo. Esa Reina de Hungría, reliquia que al partir para el Nuevo Reino el Arzobispo don Fray Luis Zapata y Cárdenas, le presentó con su propia mano, como un valioso obsequio, la Reina doña Ana de Austria, última mujer de Felipe II.

En otra ocasión he referido, si usted lo recuerda, una anécdota graciosa con motivo de esta reliquia. El señor Zapata había mandado empeñar, y aun vender, su servicio de plata y todas sus alhajas, para atender a los costos que ocasionaban los hospitales de virolentos en tiempo de la asoladora epidemia que diezmó este país. Su mayordomo, al informarle que todo se había empeñado o vendido, y que no había con qué almorzar al día siguiente, agregó: "Al paso que vamos creo que Su Señoría mandará empeñar la cabeza..."

—No os corresponde a vos ese lenguaje —le interrumpió el Arzobispo— picado de la libertad que aquél se tomaba.

—Perdone Usía Ilustrísima, replicó éste; hablaba de la cabeza de Santa Isabel, que Usía ha traído de España.

—Jamás dispondré de tan insigne reliquia, dijo el Arzobispo, no obstante que no sería mal empleada en tan cristiano objeto, y Dios querría darme modo de recuperarla.

—Bien lo creo, señor, agregó el mayordomo —que por lo visto era algún andaluz genuino— y para mí tengo que la santa gloriosa se alegraría de pagar con su cabeza los gastos que **estamos**

haciendo. No se diría entonces que Vuestra Señoría no había sido obsequiado y auxiliado por dos grandes Reinas.

Yo también, amiga mía, estuve ese día en la Catedral, mas no dieron a besar la reliquia, ni yo lo habría hecho, por cierto temorcillo que usted comprende. Si mi pasión de aficionado a las artes no se viese allí, como en todas las iglesias de Bogotá, contrariada hace mucho tiempo por la poca caridad con que se miran esas pobres artes, a quienes no les vale ser bellas, iría con más frecuencia a visitar nuestra hermosa basílica. Todo tiene en ella grande atractivo para un alma sensible: lo grandioso del edificio; el exquisito olor del incienso, de que está impregnada y que se percibe desde el atrio; las voces del órgano, cuya suavidad y dulzura no tiene rival en Bogotá, especialmente si lo toca don Santos Quijano, que modula en él con primor; los aires de Mozart, Beethoven, Hayden, Weber y otros clásicos, que ejecuta la pequeña orquesta del coro; las ceremonias del culto, graves y solemnes —aunque ya modificadas en parte— todo allí conmueve, eleva el alma y lo clava a uno al pavimento con una fuerza irresistible.

Caridad dije, y no me arrepiento, porque la caridad tiene sus medias tintas y matices. Es verdad que esta sublime virtud cristiana, es el amor de Dios y del prójimo, muy diferente de la pálida y glacial **filantropía**, su hermana menor, aunque hermana simple y fea, pero por extensión puede aplicarse a otras cosas, como es el amor y compasión por los animales, especialmente por los que nos sirven, que al fin son criaturas de

Dios; o el amor y compasión por las obras de arte, que son inspiración suya, y que entre nosotros se tratan como a los animales. Cubrir, por ejemplo, de tierra blanca una obra de arquitectura o escultura de buen gusto y de gran valor, o **retocar** de colorines un cuadro de mano maestra, no es hacer la obra de caridad de vestir al desnudo, es, por el contrario, desnudar al vestido, es audaz profanación que debe tener su castigo en esta vida o en la otra. El Mariscal Soult comenzó a sentir un principio de parálisis en las manos desde que, a título de conquistador y de **acomedido**, se trajo de Atenas a París varias obras de ornamentación del famoso Partenón. Pero por lo menos el pobrecito Mariscal obraba por un sentimiento noble y disculpable: el amor del arte y de su patria.

Usted me habrá visto en la Catedral algunas veces metido en un rincón y pegado a la pared, como mariposa; y habrá creído usted que estaba orando... Sí, orando, es decir, ofreciendo a Dios lo que es de Dios; y pues suyas son esas melodías, y autor de esas armonías y aparentes disonancias, hay que ofrecérselas, como se ofrece el incienso en el altar.

Usted también ora, aunque no esté en el templo. Cuando al pasar por entre las flores de su jardín su traje roza ligeramente aquella planta que en algunas partes llaman con mucha propiedad **malva del cielo**, y en Bogotá llamamos **aroma**, o bien toca con un tiesto de albahaca, o una maceta de cinamomo, se detiene usted unos instantes para gozar de ese perfume que se esparce en derredor suyo, y piensa: ¿Cuál es el origen

primero de este aroma delicioso que estaba dormido y yo he despertado?

¿De dónde viene, para dónde va? ¿Qué sueños de ventura, olvidados ya, viene a traer a mi memoria, como alado mensajero?

Y he aquí que usted está orando, sin pensarlo.

Si se extasia contemplando los cuadros de *La Cena* o de *la Huída a Egipto*, de Vásquez; si clavada al asiento de su piano, deja deslizarse las horas como breves instantes, y dice: ¿De dónde viene todo esto, dónde está su fuente, cuál es su tipo en la tierra? Usted está orando, es decir, hablando con Dios.

Y cuando usted baja de esas regiones a donde se ha elevado en alas del amor, llega a la tierra con una aureola de luz, como bajó Moisés del Sinaí, porque allí había estado el Profeta hablando con Dios.

Admirar, pues, las maravillas de la creación, y las maravillas del ingenio humano es acercarse a Dios, es orar. El trabajo mismo es una oración, como prescrito por Dios.

El biógrafo de *Hayden*, citando a la famosa escritora suca M. Giertz, dice: "Toute expression du *beau* (no traduzco, ni es necesario), est un acte d'amour qui, á ce titre, n'est qu'á Dieu seul. . . Toute forme de *bauté* est donc essentiellement une forme d'amour. Tout nous parle de Dieu, même une fleur, cette charmante et gracieuse inutilité est elle bien autre chose qu'une expression de l'amour de Dieu? Les beaux arts étant nés de ce besoin du coeur humain d'embellir, c'est-á-dire d'aimer, ils sont comme des fleurs spirituelles qui ne doivent être offertes qu'á Celui, qui est jaloux

de tous les mouvements de nos coeurs et qui a bien voulu nous aimer le premier; l'hommage de toute oeuvre d'art est donc rigoureusement dú a Dieu."

Hay tres momentos en la misa cantada de la Catedral, tan solemnes y tan tiernos, como en ningún otro culto pueden hallarse. El primero es el momento de cantar el Evangelio. El diácono toma el libro santo, que está sobre el altar, pide la bendición al preste y va a colocarse en la tribuna o ambón; el coro calla; el humo del incienso se levanta en rededor suyo en espesas nubes; todos los que están en el presbiterio, excepto el celebrante, que se vuelve de frente al pueblo, acompañan al diácono; el pertiguero, con su maza de plata, los preside; los ciriales, levantados en alto, los incensarios, el maestro de ceremonias, el subdiácono, todos, a manera de sagrada escolta, forman un círculo alrededor del ambón; los fieles se signan, y todos los hombres se ponen de pie, para dar a entender que creen y están prontos a defender el Evangelio que va a cantarse; todo aquello es imponente para el cristiano que asiste con verdadero espíritu religioso, y recuerda a las turbas aglomeradas alrededor de Jesús oyendo las palabras que salen de sus labios, en el monte, en la barquilla del lago, en el templo, en las plazas.

El segundo momento es el de la elevación. Todos los asistentes se recogen dentro de sí mismos; parece que aguardaran con ansia ver levantarse la Cruz en el Calvario, con el sagrado cuerpo; todos los sacerdotes y ministros, y los fieles, están de rodillas, con la cabeza inclinada; el coro

calla; el altar y el tabernáculo están cubiertos de humo, y apenas si se rasga la nube para dejar ver la hostia, tan blanca como ella, levantarse sobre la cabeza del celebrante y mostrarse al pueblo. Un silencio profundo reina en todo el templo, y en medio de este imponente silencio se oye el tañido vibrante de la campana del altar, a que contesta, allá en lo alto de la torre, un golpe sonoro y profundo de la gran campana. Nuevas armonías resuenan después en el coro, y suelen oírse algunos sordos golpes de pecho que recuerdan los del Centurión.

El tercer momento solemne es el del **Agnus dei**. El preste se hiere tres veces el pecho, y, dejando la hostia, se vuelve para abrazar al diácono, el cual hace lo mismo con el subdiácono, y éste con el maestro de ceremonias. En otro tiempo se abrazaban todos los que estaban sirviendo la misa, hasta el último acólito. ¡Qué bella lección objetiva para el pueblo! “¡Mi paz os doy, mi paz os dejo!”

Antiguamente, la comisión que iba al coro bajo a llevar la paz a los canónigos, conducía el signo de ella, que eran las placas de plata maciza y cincelada, que debían besar todos; hoy se ha suprimido esa ceremonia, así como la del abrazo, por lo cual, los capellanes y acólitos que van al coro, pueden decir con verdad: **Pacem relinquo...**

Y ya que hablamos de Catedral y de Evangelio, le contaré a usted que estuve allí el último domingo —que es el primero de Adviento, en que comienza el año eclesiástico. Me tocó oír cantar aquél en que se hace la terrible pintura del último día: escena atemorizadora y horripilante,

que hará que los hombres que entonces vivan se sequen por el temor; tribulación y angustia como jamás se ha experimentado en el mundo. ¡Ay, entonces de los que vivan y sean testigos del terrible espectáculo de las agonías del mundo!, porque el sol se oscurecerá, la luna y los astros perderán su esplendor; el mar bramará hinchado, y sus bramidos se oirán hasta en el fondo de los continentes; terremotos espantosos conmoverán, destrozarán la corteza sólida del globo; fenómenos nunca vistos aparecerán en el cielo... Tanto que —dice el Evangelio— Dios abreviará estos días en obsequio de los escogidos.

Pero veo que usted se aterra al recordar esto que tantas veces ha leído; y lo peor es que no puedo tranquilizar a usted, diciéndole que las **estrellas** no caerán, como cree el vulgo, porque aunque en el espacio nada cae, y una estrella, respecto de la Tierra, es diez, veinte o cien veces mayor que el Chimborazo, respecto de un grano de arena, es indudable que habrá algún día una inmensa lluvia de cuerpos inflamados que, atraídos por la tierra, la asolarán completamente, y de los cuales son por ahora muestras aisladas los aerolitos, o piedras que bajan de la atmósfera a la superficie de nuestro planeta.

Todo lo que diga a usted sobre este punto —que usted ha tenido algunas veces curiosidad de conocer— es con referencia a lo que dicen los astrónomos. ¡Líbreme Dios de la pretensión de dar a usted lecciones sobre lo que ignoro! ¿Quién soy yo para hablar de astronomía ni meteorología? Pero cuando ellos lo dicen, estudiado lo tendrán; y aquí entra la **fe**.

Dicen, pues, esos señores, que el espacio está lleno de cuerpos que los hombres no ven, porque sus sentidos y demás medios de percepción son muy débiles, y que la abundancia de esos cuerpos es tal, que forman corrientes o anillos que giran alrededor de un centro. Que de esas **miriadas** de fragmentos se desprenden algunos que son atraídos por otros astros, y corren a unirse con él, inflamados por la gran velocidad y fuerza con que rozan la atmósfera; aunque otros se extinguen en ella y no alcanzan a llegar, que es lo que llaman **estrellas filantes**.

Hasta aquí todo está bien; pero es el caso que los mismos señores dicen —a mí no me consta— que nosotros, es decir, el sol con todos sus doscientos y tantos planetas hasta ahora descubiertos, sus satélites, cometas, etc. —como quien dice, la gallina con todos sus pollos— vamos andando en el espacio con una velocidad de 120 leguas por minuto, sin saber hacia dónde se dirige toda la caravana. Y como algún día, que no será en el mes entrante, ni en el próximo año, ni quizá en muchos siglos, hemos de encontrar uno de esos anillos o corrientes, verdaderos pedregales, es, no sólo posible, sino probable, que comiencen a descender inflamados sobre la tierra, y tal vez sobre los demás planetas, en cantidad inmensa, y muchos de esos fragmentos de dimensiones enormes, como lo hacen creer los grandes aerolitos que vienen a visitarnos, con no poca frecuencia. El sol mismo sufrirá esa lluvia, que para él será llovizna, pues está acostumbrado a ver llegar infinitos cometas descomunales, sin que le hagan mala. De manera que gran número de cometas,

como el que usted tanto admiró en 1882, son tal vez verdaderos aerolitos del sol, sólo que la mayor parte de ellos se evaporarán al entrar en aquel horno de cuyo calor no podemos tener idea. Si esto es así, como puede suceder, el vulgo, siempre guiado por cierto instinto natural, tiene razón en decir que el sol se come los cometas, o que le sirven de combustible.

Una fuerte presunción de que en el espacio existen esas corrientes de materia caótica, es que todos los años, a día fijo, regularmente del 9 al 10 de agosto, y del 12 al 13 de noviembre, aparece en gran cantidad; y que, a períodos de 28 a 30 años, se presenta una lluvia tan copiosa de estos meteoros, que aterra a las personas que ignoran el fenómeno. Yo fui testigo presencial de uno de ellas, y puedo dar testimonio. Hará unos quince años nos hallábamos muchas personas en la casa del Banco de México y Sur América, en una tertulia a que habíamos sido invitados, con el objeto de aguardar la aparición del anunciado fenómeno; y, en efecto, poco antes de amanecer se nos dio aviso de que llovía fuego del cielo. Acudimos al interior de la casa, que miraba al norte, y quedamos sorprendidos al ver aquella innumerable multitud de luces que, en forma de pescadillos, bajaban de la atmósfera con gran velocidad. Era una verdadera granizada. ¡Hermoso espectáculo que duró más de una hora, hasta que la luz del crepúsculo vino a darle fin!

Volviendo a los cometas, ¿recuerda usted, mi amiga, el de 1882? ¡Qué belleza!, decía usted. ¡Qué grandioso espectáculo! La hora, el silencio de la noche, la diafanidad del aire, todo contribuía

a la contemplación tranquila y apacible del brillante huésped, cuya aparición dio lugar a anécdotas, más o menos interesantes. La directora de un colegio de niñas me refirió que las había hecho levantar para ver el cometa, y que fue tal la impresión que les produjo, que por un impulso indeliberado aplaudieron simultáneamente con palmadas, como en el teatro, y con exclamaciones diferentes y gritos de alegría. Otra niña de pocos años preguntó a su madre, al ver el cometa, si sería el abanico de la Virgen que se le había caído. Menos poética y espiritual, pero no menos candorosa, fue la ocurrencia de una señora que quería subir al cerro de Monserrate para verlo por detrás.

Pero lo cierto es que la sensación que causó fue general: personas que no habrían dejado su cama a esa hora, ni aún por causa de un terremoto, se levantaban todas las noches para contemplar lo que creían no volverían a ver.

Me preguntaba usted en esos días, si ese viajero celeste sería tan grande como el sol, y si andaba muy de prisa. Yo le contesté que creía que ese astro errante era pequeñísimo, comparado con el sol, gigante tan enorme, que, según recordaba haber leído, en la más pequeña de las rasgaduras o cráteres que se ven en su atmósfera luminosa, y que dejan percibir manchas oscuras, cabrían desahogadamente todos los planetas que giran a su alrededor, con todos los satélites y cometas, como un puñado de mararayes en una mochila.

En cuanto a la velocidad del cometa, me decía usted que en apariencia iba muy despacio, pues

que una noche para otra era poquísimamente lo que variaba de posición; y yo le decía que ese poco, en los remotísimos espacios en que se hallaba, equivalía a centenarse de miles de leguas, trayecto casi insensible para nosotros, a la manera que un caballo que va a escape en una llanura, visto a gran distancia, parece que no se mueve. Ahora agregaré, que, cuando tengamos un ferrocarril en la Sabana, si usted quiere, podemos subir, por vía de paseo, a Guadalupe, a ver los trenes que marchan, y desde allí los notaremos casi inmóviles. Sin embargo, en una hora habrán atravesado todo el camino hasta Los Manzanos. ¡Cosa admirable! ¡Esos vagones habrán recorrido esas ocho leguas en la retina del ojo de usted, al parecer sin moverse. Vea usted si yo tengo razón para decir que sus ojos son grandes, puesto que se pueden medir por leguas.

Esas siete cabrillas que vemos tan juntas en el cielo, a manera de un prendedor de brillantes en una corbata azul, y que admira que, siendo cabrillas, estén tan quietecitas, ni están juntas, ni están quietas; ellas están girando con velocidades inconcebibles, y a distancias de millones y millones de leguas unas de otras, por lo cual sería difícil que las tales cabrillas pudieran darse toques.

De todo lo que dicen que enseña hoy la ciencia, resulta, pues, que no hay tales estrellas fijas, como se enseñaba antes en las clases de cosmografía; que todo en el espacio, a que damos el nombre de cielo, está en continuo y vertiginoso movimiento, y que los hombres no podrían apreciar ese movimiento por cambios de lugar, aun

cuando cada uno de ellos viviera mil años, tales son las incomprensibles distancias a que esos astros están de la tierra.

Como un ejemplo de tales distancias, y de la invariabilidad aparente de los astros llamados fijos, habla un astrónomo de la estrella llamada Sirio, una de las más bellas y de las más cercanas a nosotros. No les pregunte usted a los astrónomos dónde está esta estrella, porque le dirán que está aquí no más, a unos cuatro centenares de millones de leguas, y que su luz gasta . . . años en llegar hasta nosotros. Los astrónomos son como los indios que encontramos en nuestros caminos, a quienes se les pregunta si el pueblo A estará muy lejos, y contestan: "No, mi amo, aquí no más, detrás de este cerrito."

Y se camina dos horas sin hallar el tal pueblo.

Hablemos, pues, de este bello monstruo, 94 veces mayor que el sol, y a quien, como tan vecino nuestro, podemos con más facilidad averiguarle la vida. Desde que los egipcios —dice el mismo astrónomo— comenzaron a observarlo y lo eligieron por regulador de su calendario, hace unos cuatro mil años, el desplazamiento, o cambio de lugar que ha tenido para nosotros, es de unos cincuenta centímetros, poco más que el abanico de usted. Sin embargo, la distancia que recorre en un minuto es inconcebible para nosotros, pobres microbios, que hemos inventado los metros, kilómetros y miriámetros, creyendo que tienen alguna extensión, y que son diferentes entre sí.

Pero estamos en el Adviento; volvamos a nuestro Evangelio, que es una profecía hecha por quien podía hacerla, pues que, sabiendo más que

todos los astrónomos, veía los sucesos futuros al través de los abismo del tiempo y del espacio; si bien nunca hablaba de eso —ni había para qué— y todo lo que dijo en cierta ocasión fue, que en la casa de su padre “había muchas moradas”. Usted sabe que la ciencia moderna está comprobando todo lo que había dicho la ciencia intuitiva; y, si Moisés, que no se había educado en colegios, ni cursado universidades, y que era un simple guardador de los rebaños de su suegro, hizo aquella admirable síntesis geológica que se llama el Génesis, ¡con cuánto mayor autoridad hablaría aquél que decía que una ciencia no era suya sino de su Padre!

Ya la oigo a usted que me dicé que todo eso está muy bueno, y que usted no tiene inconveniente en creer que este mundo se ha de acabar a pedradas; pero que nada tiene que ver eso con los grandes terremotos, plagas, inundaciones y otros cataclismos que se anuncian en la Escritura. No sé qué decir a usted, en verdad, sino que probablemente todos esos fenómenos naturales se relacionan unos con otros. Aquel trastorno general haría que se desarrollase una inmensa cantidad de electricidad, y que la temperatura del globo subiese extraordinariamente. La relación del fluído eléctrico con los fenómenos interiores volcánicos es conocida: de aquí esos espantosos terremotos y erupciones, comparados con los cuales las escenas de Java, Ischia, Nueva Zelandia y otras, que hemos visto en nuestro tiempo, son niñerías. Por eso dice el Evangelista de Patmos, que veía “huír las islas, y desaparecer los montes”.

Las grandes inundaciones bien se explican: re-

lleno y alborotado el mar con aquella granizada de montañas que caería en su seno, saldría de sus límites —amén del **salpique**, que, en forma de lluvia, llegaría hasta el fondo de los continentes— y obstruido el curso de los ríos por la misma causa, se desbordarían sus aguas por todas partes.

Respecto a las plagas, las mismas causas de calor y electricidad harían que se desarrollasen los gérmenes latentes de infinidad de insectos y reptiles, como sucedió con el **muque** en nuestras sementeras de papas, o con la langosta, lagartijas, pulgas y aun ratones. Pero lo peor de todo es que, atemorizadas por tales trastornos, saldrían de sus guaridas las fieras, animales montaraces, víboras, etc., buscando refugio, y aunque por lo pronto estarían en amistosa compañía con el hombre, cuando el hambre les apurase se cebarían en él, sin que tuviese modo de defenderse.

¡Qué cuadro tan halagüeño, amiga mía! Por fortuna ni usted ni yo hemos de ser testigos de él. A lo menos esa es mi esperanza.

No olvide usted que estamos hablando del Evangelio que se lee el primer domingo de Adviento, que es lo que nos ha dado ocasión a esta especie de conferencia. Como usted creerá que yo estoy hablando de broma, me exigirá que le diga seriamente lo que pienso de estas cosas. Yo le contestaré con aquel tan conocido cuentecito del indio, a quien le preguntaba el cura si creía en brujas, y él le contestaba: “No, mi amo, yo no creo en brujas; pero haberlas si las hay.”

Dos tachas podría poner cualquiera a esta mi presente carta, a saber: el olorcillo científico, tan repugnante siempre, sobre todo, en quien se atre-

ve a hablar de lo que no entiende; y el tinte algo místico que la colora; pero confío en que para usted no tendrá esos dos defectos; no el primero, porque usted me conoce muy bien, y sabe cuán poca es mi presunción; no el segundo, porque usted, a fuer de mujer piadosa, sin añagazas ni gasmoñerías, confesará que esta materia puede tratarse en cualquiera parte, si es con el debido decoro.

La última observación que haré a usted hoy, es ésta: si sobre la palabra y buena fe de los astrónomos creemos lo que dicen y lo que no está a nuestro alcance, en otro orden de cosas, ¿por qué no hemos de creer lo que no vemos ni comprendemos, que es lo que nos enseña la fe religiosa y lo que reza el catecismo? Evidentemente la fe no está reñida con la ciencia humana ni con la razón.

ARTICULO VIII

Al hablar de la introducción de la imprenta en nuestro país, dejé consignada, como usted recordará, mi señora y amiga, una fecha, para usted y para mí notabilísima, y punto muy luminoso en la historia de nuestras bellas artes. Esa fecha es la de 1711, en que he demostrado que había ya imprenta en esta capital.

¿Que le recuerda a usted esa fecha?... Voy a decírselo a usted, aun cuando haya de retroceder algunos años, pues estamos ya en la segunda mi-